

Dom
13 Sep

Homilía de Vigésimo cuarto Domingo del Tiempo Ordinario

Año litúrgico 2008 - 2009 - (Ciclo B)

“Tú eres el Mesías”

Introducción

La lectura evangélica de este domingo narra dos acontecimientos decisivos por clarificar en la mente de los discípulos la verdadera identidad y misión del Maestro.

Si hasta este momento el evangelio de san Marcos nos ha mostrado a Jesús enseñando a la gente, curando a los enfermos y realizando milagros. En el fragmento de hoy le presenta emprendiendo con sus discípulos un largo viaje, desde Betsaida a Cesarea de Filipo. En el camino, se entabla un diálogo. A la primera pregunta de Jesús, aparentemente anodina, para saber lo que la gente piensa de él, sigue una interpellación directa y sin escapatoria a sus discípulos para sondear lo que han comprendido de él: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”.

El segundo acontecimiento, el que sigue a la confesión de fe de Pedro, es el primer anuncio que Jesús hace a los discípulos de su Pasión y Resurrección. Representa un giro radical y una revisión profunda de la idea que se habían forjado de la identidad y misión del Maestro Nazareno.

Pedro, representando a los otros discípulos, atina en la respuesta al reconocer a Jesús como el Mesías. Sin embargo, tras la revelación de Jesús del camino de humillación y de cruz que va a recorrer y que se asemeja al del “siervo sufriente” de Isaías, el apóstol se escandaliza e intenta apartarle de él. Jesús le reprende con dureza, le ordena caminar en pos de él y explica claramente a la gente las exigencias para ser sus discípulos: ir detrás de él, cargar con la cruz y seguirle, es decir, estar dispuestos a asumir su proyecto y a entregar la vida por él y por el Evangelio.

La carta de Santiago insiste en la práctica de las buenas obras para que la fe que anima a la comunidad cristiana sea una fe viva que no se contenta con palabras y discursos. Sin las obras, la fe es estéril. Ambas cosas, fe y vida, han de caminar de la mano. Así lo vivió Jesús, así han de vivirlo la Iglesia y cada uno de sus miembros para manifestar el amor de Dios a todas las personas y, especialmente, a los más desvalidos, a través de las obras de la compasión, la justicia y la solidaridad.



Hna. Carmina Pardo
Benín

Lecturas

Primera lectura

Lectura del profeta Isaías 50, 5-9a

El Señor me abrió el oído; yo no resistí ni me eché atrás. Ofrecí la espalda a los que me golpeaban, las mejillas a los que mesaban mi barba; no escondí el rostro ante ultrajes y salivazos. El Señor Dios me ayuda, por eso no sentía los ultrajes; por eso endurecí el rostro como pedernal, sabiendo que no quedaría defraudado. Mi defensor está cerca, ¿quién pleitará contra mí? Comparezcamos juntos, ¿quién me acusará? Que se me acerque. Mirad, el Señor Dios me ayuda, ¿quién me condenará?

Salmo

Sal. 114. 1-2. 3-4. 5-6. 8-9 R/. Caminaré en presencia del Señor en el país de los vivos.

Amo al Señor, porque escucha mi voz suplicante, porque inclina su oído hacia mí el día que lo invoco. R/. Me envolvían redes de muerte, me alcanzaron los lazos del abismo, caí en tristeza y angustia. Invoqué el nombre del Señor: «Señor, salva mi vida». R/. El Señor es benigno y justo, nuestro Dios es compasivo; el Señor guarda a los sencillos: estando yo sin fuerzas, me salvó R/. Arrancó mi alma de la muerte, mis ojos de las lágrimas, mis pies de la caída. Caminaré en presencia del Señor en el país de los vivos. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del Apóstol Santiago 2, 14-18

¿De qué le sirve a uno, hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Podrá acaso salvarlo esa fe? Si un hermano o una hermana andan desnudos y faltos del alimento diario y uno de vosotros les dice: «Id en paz; abrigaos y saciaos», pero no les da lo necesario para el cuerpo; ¿de qué sirve? Así es también la fe: si no tiene obras, está muerta por dentro. Pero alguno dirá: «Tú tienes fe y yo tengo obras, muéstrame esa fe tuya sin las obras, y yo con mis obras te mostraré la fe».

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según San Marcos 8, 27-35

En aquel tiempo, Jesús y sus discípulos se dirigieron a las aldeas de Cesarea de Filipo; por el camino, preguntó a sus discípulos: «¿Quién dice la gente que soy yo?» Ellos le contestaron: «Unos, Juan Bautista; otros, Elías; y otros, uno de los profetas». Él les preguntó: «Y vosotros, ¿quién decís que soy?» Pedro le contestó: «Tú eres el Mesías». Y les comenó a que no hablaran a nadie acerca de esto. Y empezó a instruirlos: «El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, ser reprobado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar a los tres días». Se lo explicaba con toda claridad. Entonces Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo. Pero él se volvió y, mirando a los discípulos, increpó a Pedro: «¡Ponte detrás de mí, Satanás! ¡Tú piensas como los hombres, no como Dios!». Y llamando a la gente y a sus discípulos, y les dijo: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga. Porque, quien quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mí y por el Evangelio la salvará. Pues ¿de qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero y perder su alma?».

Pautas para la homilía

Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?

La pregunta incisiva de Jesús a sus seguidores más íntimos les emplaza a dar una respuesta que pone en juego la orientación y el sentido de su vida. Sin embargo, si Pedro acierta en las palabras con las que declara a Jesús como el Cristo, no entiende en absoluto el contenido verdadero de su mesianismo. La auténtica confesión de fe del apóstol vendrá más tarde, cuando haya pasado por el escándalo del rechazo, la persecución y la crucifixión del Maestro y cuando, a la luz de la resurrección, haya descubierto el misterio del triunfo de la vida sobre la muerte. El camino hasta llegar ahí fue largo y no exento de tentaciones de suplantar al Maestro, olvidando que era en pos de él, como había de recorrerlo. La última confesión de Pedro, su martirio, le asemejó perfectamente al destino de Jesús, el Cristo, vivido en la debilidad humana pero en la fuerza de Dios.

La confesión de fe de Pedro no es sólo una historia del pasado. Cada uno de los creyentes, en un momento u otro del proceso personal nos sentimos confrontados a hacer nuestra propia confesión de fe, que nadie puede pronunciar en nuestro nombre. ¿Cuál es la que he de hacer hoy, en este momento concreto de mi vida? ¿Cuál es la que sería bueno que hiciéramos para renovar juntos la fe como comunidad cristiana?

Primer anuncio de la Pasión y Resurrección

El anuncio de Jesús de su Pasión y de su Resurrección pretende eliminar toda ambigüedad sobre su auténtico mesianismo que no tiene nada que ver con las aspiraciones triunfalistas y nacionalistas de un Mesías liberador del poder romano. Las palabras de Jesús revelan a los discípulos que su destino pasa por un camino de sufrimiento y de cruz para desembocar en la VIDA. El discurso es demasiado enigmático para la torpe comprensión de sus seguidores más cercanos y lo será también para los creyentes de todos los tiempos. ¡Cuánto cuesta, a veces, mantener la confesión de fe en momentos de oscuridad, de sufrimiento y de fracaso! ¡Qué fácilmente hablamos de la cruz cuando está lejos de nuestra vida! ¡Cómo nos aferramos a veces a la imagen de un mesías prepotente, de un Dios Todopoderoso según los poderosos de este mundo! No somos mejores que el pobre Pedro. Sólo la fuerza del Espíritu que hizo de él un testigo, hasta la entrega de la propia vida en el martirio, puede seguir suscitando nuevos testigos y nuevos mártires, personas que optan por seguir en pos de Jesús hasta la muerte, si es preciso.

El camino como trayecto vital.

El camino que recorrieron los seguidores de Jesús en el evangelio de Marcos y el que recorremos cada uno de los que nos llamamos cristianos en la vida no es sólo geográfico. El camino es el símbolo del proceso de maduración humana y espiritual que hemos de vivir, el itinerario de conversión que hemos de transitar los seguidores del Resucitado y la comunidad de los creyentes para llegar a ser realmente la comunidad de sus discípulos, es decir, para asumir su proyecto del anuncio de la Buena Nueva y hacerlo con sus mismas actitudes.

El Resucitado, que lleva en su cuerpo las señales de la crucifixión para recordarnos el precio del triunfo, es quien marcha delante, marca el paso y dirige la orientación. Hay un proverbio africano que dice: "si cambia el ritmo del tam-tam, cambia tú el paso de la danza". Pidamos al Señor insistentemente que sepamos acordar nuestra vida al ritmo de su música.

El camino del seguimiento no está reservado a personas extraordinarias y perfectas; es una senda ofrecida a todo ser humano. Jesús, llamó "a la gente a la vez que a sus discípulos", puntualiza el evangelista. Cuando Jesús invita a compartir su vida y misión, a asumir su proyecto, conoce perfectamente la fragilidad y debilidad de los que emprenden el camino en pos de él. Instruyó con paciencia a sus primeros seguidores, acompañó a la comunidad de los creyentes en el pasado, y sigue guiándola hoy. Como el siervo del canto de Isaías, Dios nos espabilará cada mañana el oído para escuchar su voz, para consolar a los demás; para animarnos mutuamente en los momentos de oscuridad y de tristeza que encontramos en el camino del discipulado.

"Si alguno quiere venir en pos de mí..."

La primera exigencia clara del seguidor de Jesús es la de caminar detrás de él. Sin embargo, con bastante frecuencia, lo olvidamos e intentamos ser nosotros los que controlamos y dirijamos todo. Planificamos la vida y la misión como si todo dependiera de nosotros, como si a nuestro esfuerzo tuviera siempre que corresponder el resultado esperado. Caminar en pos de Jesús conlleva asumir que la cruz y el fracaso pueden presentarse en nuestra vida, y eso entrañará renuncias. Pero poner nuestros pasos en los suyos es ante todo optar por la vida.



Evangelio para niños

XXIV Domingo del tiempo ordinario - 13 de septiembre de 2009



Profesión de fe de Pedro

Marcos 8, 27-38

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo, Jesús y sus discípulos se dirigieron a las aldeas de Cesarea de Filipo; por el camino preguntó a sus discípulos: - ¿Quién dice la gente que soy yo? Ellos le contestaron: - Unos, Juan Bautista; otros, Elías, y otros, uno de los profetas. El les preguntó: - Y vosotros, ¿quién decís que soy? Pedro le contestó: - Tú eres el Mesías. El les prohibió terminantemente decírselo a nadie. Y empezó a instruirlos: - El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, tiene que ser condenado por los senadores, sumos sacerdotes y letrados, ser ejecutado y resucitar a los tres días. Se lo explicaba con toda claridad. Entonces Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo. Jesús se volvió, y de cara a los discípulos increpo a Pedro: - ¡Quítate de mi vista, Satanás! Tú piensas como los hombres, no como Dios. Después llamó a la gente y a sus discípulos y les dijo: - El que quiera venirse conmigo que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Mirad, el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por el Evangelio, la salvará.

Explicación

En algunas ocasiones, como la del evangelio de hoy, Jesús advierte a sus seguidores, que él no va a ser un rey con poder, con privilegios, ni territorio. Pedro no le hacía caso y quería cambiar los planes a Jesús por lo que se llevó una reprimenda enorme.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

NARRADOR: En aquel tiempo se dirigía Jesús con sus discípulos hacia los pueblos de Cesarea de Filipo, y por el camino hizo esta pregunta a sus discípulos:

JESÚS: «¿Quién dicen los hombres que soy yo?»

NIÑO 1: Maestro, la gente no se aclara...: unos dicen que eres Juan el Bautista...

NIÑO 2: Y no sólo eso...: otros dicen que eres Elías y para colmo, otros dicen que eres uno de los profetas...

NARRADOR: Él se quedó mirándoles y les pregunta:

JESÚS: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?»

NARRADOR: Pedro le contesta:

PEDRO: Tú eres el Mesías.

JESÚS: Os prohíbo terminantemente a todos que se lo digáis a la gente. No se lo tenéis que decir a nadie.

NARRADOR: Y empezó a enseñarles, diciéndoles:

JESÚS: El Hijo del Hombre tiene que padecer mucho, tiene que ser condenado por los senadores, sumos sacerdotes y letrados, ser ejecutado y resucitar a los tres días.

NARRADOR: Todo se lo explicaba con suma claridad. Entonces Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo:

PEDRO: Maestro, ¿pero de qué nos estás hablando?..., ¿se te ha ido la cabeza? ¿a qué muerte te refieres?

NARRADOR: Jesús se volvió, y de cara a los discípulos increpó a Pedro y le dijo:

JESÚS: ¡Quítate de mi vista Satanás! ¡Tú piensas como los hombres, no como Dios!

NARRADOR: Después llamó a la gente y a sus discípulos y les dice:

JESÚS: El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga.

NIÑO 1: Maestro y ¿qué significa negarse a sí mismo y cargar con tu cruz?

JESÚS: Mirad, el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por el Evangelio, la salvará.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández